



poesía

Rotonda de la infancia

Jesús Bartolo



FLECHA ROJA EDICIONES

Rotonda de la infancia

JESÚS BARTOLO

De todos los que comen de esta mesa
el único que vive de su fuego es el padre.

Javier Bello



Él tiene el corazónañil de los aparecidos
latiendo en la sien de la abuela muerta.

La piel pretérita de un río que va al mar sin la sonrisa de sus peces:
el véspero cuajado de cigarras en sus ojos diluviantes.

Amé su rostro de manzano joven, su voz inédita,
sus pupilas de foto vieja, la lluvia que miraron esos ojos,
y esas calles, verdes de sofritos y caminantes.

Lo amé como ama un hijo, a pausas, a olvidos;
con ese silencio que las hormigas
saben al cruzar la puerta de los presagios
que la noche sólo abre a los entendidos.

Lo amé con el odio necesario, como si tortuga, como si ave
en las predicciones de la marea y del viento;
le hendí la tierra para sembrarle rencores,
pero era en mi carne donde se abrían las heridas.

Era en mi carne donde el pífano de la semilla
les abría el ojo a sus murgones.

En mi carne donde el semental del tiempo
preñaba los huesos de la muerte con mi sangre.

Lo amé zorzal en la bandada del aire,

verano desgajándose en árbol.

Lo amé en la lágrima de mi madre
y en la hora en que el pan crece en cuerpo y en olores.

Una vela encendida por muchos años a un santo misógino,
fue mi casa,
una voz de piedra que decía letanías, los muros del hogar.
Cada teja del techo, un muerto que se quedó escuchando
el fonógrafo de tu espera.

¿Quién eras tú?:

Una taquicardia en la campanada del día,
la forma de un hombre colgado de cabeza con la lechuguilla del abuelo,
un pozo de agua cuyo fondo se palpaba en el miocardio de tu madre.



Para el norte de tu ausencia no hubo estrella que señalara:

allá un quiltro agoniza en su gañido,

después de ese otero está el cadáver del alba

masticando los huesitos de la luna.

Leo en las tripas de un espejo roto, tu nombre descarnado,

azogue de tus huesos,

estos pájaros que se desgajan del cielo como aerolitos,

cantan en braille, alcoholizados de luz.

Aquí traigo el pico carroñero de los días viandando en la entraña.

Traigo la glosolalia de tu partida

por voz de la abuela injertada en el pecho.

Aquella casa en el marjal del viento hace tiempo cerrada

por el fuego del gallo que hojalateaba las mañanas

en la rotonda de la infancia.

Pero todo ya fue: fue el cloro de las balas destiñendo

la tranquilidad de los tamarindos,

los tamarindos secándose en la zozobra de los patios,

los patios agitados en el brocal de los pozos de agua,

los pozos de agua en la sed de los hombres

hilvanando la incertidumbre.

Y fueron los cortejos: postales en blanco y negro

en el hervor de la tarde y de las calles.

La felicidad a ese pueblo llegaba con el timbre cancelado,
las malas noticias por telégrafo y a cobro revertido, el llanto.



Allá, el dolor tiene los enjambres izados en él ya fue,
aquí, poliniza el sufrimiento sus colmenas.
Lo que ya fue y lo porvenir, tienen la misma tipología:
la carne y la sangre como condimento.

La vacuidad crece en la medida en que pasan los años,
las cosas dejan de tener explicaciones y el asombro se ensombrece.
Aquella foto donde sonreías, ahora,
sólo es una foto donde alguien sonríe;
Ya no hay espacio en el corazón para otra estría.
Con la infancia se muere la infancia; la pirinola de la vida
cayó del lado de todos ponen: y nosotros pusimos el desamparo
como una lámpara fundida a alumbrarnos.

Por nombre tuyo la ausencia construyó su termítico,
por nombre de la abuela se fue secando el río,
ningún arúspice pudo leer en las piedras resecas el destino.
La ropa sucia se lavó en casa,
los paños ajenos se quemaron en la memoria.
Todo duró, lo que dura un guiño
en un verso que aún no se escribe.

La edad del tiempo tiene mi tiempo sobre esta tierra,

también, tuvo mi infancia y este poema de mi paso a la vejez;
lo otro fue historia:
sus cabellos que amé al peinar mi pelo mirándome en sus ojos,
la fecha de nacimiento y su fe de bautismo
porque eso te hacía real, palpable, casi humano:
pero eras un espíritu de corazón azul y sin palabras.



En mi distopía, la luna duerme de a rabillo con un poema bajo la lengua,
este poema donde las psicofonías de tu presencia
se pueden leer en voz alta y de corrido
en las paredes de una casa que ya no existe.

En el párpado de la luna vive un huérfano que desentraña
los sentimientos de la abuela:
calladas cabras en el monte de su pecho.

Ahí, en su pecho, alguien insiste en cavar la tierra,
busca una fisura que haga de la imposibilidad
el retrato hablado de tu vida.

Y quién mejor que la abuela que en el harnero de su vida,
cribó las desgracias.

Quién, sino ella, en su diabética pesadumbre puede traerte de vuelta
al ladrido de los canes y rubricar con sus palabras tus gestos,
pero, sabes, la abuela está muerta.



Viejo fantasma de corazón celeste y mudez de garza,
alguien me dicta estos versos desde la enfermedad,
alguien muerto también se apersona en mi oído,
los vivos de mi terquedad se alejan,
alegan pendientes impostergables.

En realidad, se van porque no soportan
el color amarillo de mi crucifixión,
mi lengua morada de lamer verdades,
se marchan porque no tienen estómago
para mirar como degüello las mariposas de su hipocresía
y ya no vuelven, porque a la lepra de mi palabra, temen.

En el leprosorio de lo que ya fue, busco qué significa tu garzo latido,
por qué vibras aún en la sien de la abuela muerta
como una cajita de música;
qué signos incendian la casa en el fulgor de lo vacío que la lluvia traza.

Con una vara, mato al falso coralillo de mi querencia.



En lo que ya fue,
te amé como quien mira el mar y el ahogo se le encostra;
te amé a caballo ciego,
a mulo sin fusta subiendo una ladera.

Entre mi risa marina y mi sed de viento,
imaginé tu voz cabestreándome los días,
vislumbré tu mano en mi mano dibujando abismos,
agujeros de hambre.

Escuché la llave de Dios girando en mi mortal cerradura
liberar las palomas de mi sonrisa.

Te amé cuando todo era deforme:
la mentira, un gran pájaro de luz picoteando en las encías.
Lo siniestro, un soliloquio que tocaba
en las puertas con sus nudillos de orate.

Seguir una huella oliendo los pasos del rumor: era oficio de fe
y la fe un silbido que daba la vuelta en la esquina y se perdía.

Tenía la edad de los ciruelos al morir el verano,
la fiebre de un ternero en la campiña.

Todavía las luciérnagas visitaban el pueblo sin visos de extravío,
se extraviaba la gente entre las zarzas y los retenes militares,
quiero decir, la gente desaparecía o la desaparecían.

La lluvia era lluvia y el llanto, llanto; y yo vi llover y vi llorar,
pero mis certezas de llover y llorar son pedestres, omnívoras.

Como explicarles la palabra desaparecido, su fuelle, su gusano,
la abeja de su zumbido sin que la grieta
del recuerdo se abra y me sepulte.

Sepulcro es de la abuela y lápida en mi espalda,
también será mi tumba y mi epitafio.

Estroboscópico fantasma de zarcos palpitantes,
la cara de un desaparecido es tu cara:
los desaparecidos tienen el rostro hermoso,
la edad inamovible,
alguien que los ama hasta desaparecer también.

Y yo te amo, aunque tu sonrisa nunca haya cambiado de viento
y amo la opacidad de tus dientes y tus uñas indeterminadas,
aquellos que miras y que nunca sabré que es, amo.

Amo sin concesiones la mentira de que te amo:
quiero decir: aquí va a caerse un árbol,
un bosque entero va a quemarse.



En la pira de las palabras, aparecido mío, arde mi carne.

Arde tu corazón índigo, arde la sien de la abuela.

En este atolladero la chamusquina esparce sus hircinos jolgorios
por todo lo que fue y lo que está sucediendo.

En el vórtice del fuego la abuela es un tótem que se calcina,
en la ominosa lengua de la llama un ornitólogo
espera que de la ceniza se levante algo,

el tremor de la grasa eleva las alas de su voz.

Lo ausente intenta llenar el espacio vacío entre las brasas.
El aire se hace espeso, busca la forma de un pájaro
que abunde en anécdotas.

Todo se consume sonoramente, se reduce a carbones:
después de todo somos fragmentos de lo real,
refracciones de la luz,
recortes de un álbum fotográfico que alguien hojea por curiosidad.

Somos variaciones del silencio y la textura,
hoyos negros que nos consumimos hacia adentro.

En mi combustión, estos son los escombros:
un azul de lluvia latiendo en el pecho,
un pecho anegado de azul y de agua,
el agua creciendo en semilla de recuerdos,

los recuerdos lloviendo en el latido,
el latido ya una charca inmensa,
la charca se derrama como un árbol,
el árbol late de lluvia, la lluvia de pájaros,
los pájaros son llaves que abren el cielo,
el cielo, un gran corazón cerúleo.

Germinas en el encono que cae como ola en el día,
sueltas una brisa de chupamirtos que pasma lo que toca,
ante esa urdimbre, un enjambre de hormigas contrapongo:

¿Antes de ser un fantasma, qué deseabas ser?
¿Un armonio de músculos y besos, tocando en la tarde?
¿La combustión de un follaje, hirviendo de pájaros a la sombra?
¿La lluvia que con su fuego sancocha todo lo que toca?

En la mesa de aquella casa que ya fue,

siempre hubo un lugar vacío.

En el cianuro de tu silencio, fantasma fotográfico,

el mar olía a cachalote muerto.

Los ojos expectativos de la abuela

parecían un solar donde se secaba el coco.

Nuestros ojos, comensales inquietos,

ocelotes venteando en la figura profunda

y bocado lento de la abuela, cómo mascaba su tristeza.

La tristeza de la abuela no se parecía al mar después de la lluvia,

era un río que arrastraba en lo profundo todo su coraje.



Bello espectro de ojos atemporales,
de manos sin las manchas del tiempo,
de tez inamovible, de sonrisa de ganzúa,
abres, allá, las puertas a este hombre,
al que se le acaba el queroso en la lengua.

Mi grafito predatorio echa reversa al verso de esta historia;

de la noria, el balde salió sin agua.

La memoria ya es una vieja ciega,

una sorda que habla, pero nadie entiende sus señas de muda.

El tesoro escondido: son tus huesos y ya no los buscaré,

no me da la gana, me canse de ser ese otro

que heredó el dolor de la abuela,

ya no quiero condolerme ni que me conduelan.

Mi duelo terminó el día en que abandoné a mi hijo,

y me fui para que él se hiciera hombre, como yo me hice,

de otra forma, yo no sería la mitad de lo que soy

y él no treparía al mundo como a un árbol para coger un fruto.

Pero él sabía mi sombra, mi voz y mis consejas.

Desconfiaba de los solos y de los que nunca bailan.

Intuía, como yo, que la suerte de los caracoles es un tigre en la maleza,
y que el azar, un gato marrullero al que nunca hay que darle la espalda,
así como al mar, porque el zarpazo del agua es duro,
como dura la lágrima que nunca se vierte.



El granizo del sol pega en las ventanas
y es el mismo que me aviva y lo despierta.
En cambio, quién fuiste tú en todos mis amaneceres: nadie. Nada.
La mano del gallo que me decía levántate: era la voz de mi madre,
trasnochada, desmañanada y doliente.

Me harté de la mordida y los ojos grandes del miedo;

de que ellos sepan el color de mi desasosiego y mi ropa íntima,
que respiren al otro lado de la línea telefónica
y quieran intimidarme con sus gruñidos.

Me canse de vivir ahogado
en el saco vitelino del delirio de persecución.

De soñar los latidos añiles de un corazón,
de sentir toques eléctricos en los genitales
y despertar en medio de la noche aterrorizado por la pesadilla
que una y otra vez, periódicamente se repite.

Repite, me hastié de ir desapareciendo en tu búsqueda,
de irme pareciendo a tu espectro; me asqueé de vivir
bajo un cielo roto de un país donde el único milagro
que sucede es la pobreza.

Las plegarias que acumulé en el estío, aborrezco.
Lo que amontoné en las alas de las mariposas como rezos, abomino.
Reniego de las letanías que se desprendieron del árbol de mi boca.
Las oraciones, enterré en el cierzo,
junto a los ojos vacíos de un pájaro insolado por el frío.

Los dientes amarillos del tiempo me mascan
sin premura en el solaz del día;
lento y miope gato discurro, cada vez más lento y ciego,
cada vez menos ágil, soso al saltar,

gato que siempre cae de panza.

Cuál trepador de árboles, cuál cazador infalible.

Los años te hacen agreste, agrio palabrero,

impaciente felino tras la madeja de la luna.

Qué maullido de macho alfa avinagrando su territorio,

cuál olfato desentrañando el sexo de la umbras.

En lo vano, devano las experiencias y concluyo,

la mitad de mi vida no fue mía, sino de las circunstancias,

la otra parte se consumió en el alcohol,

de mis siete vidas, sólo la vejez me pertenece.

Mío, el punzón parricida de mi olvido,

el saco de yute donde llevo tu cadáver de fantasma,

la hoguera donde quemo tu sonrisa fotográfica,

la migraña con que quito las rebabas de tu nombre,

mío, el cuchillo con que rompo la lapa del dolor,

la cripta donde guardo las cenizas de la memoria de la abuela,

mía, la bendición que mi hijo me tatuó con su odio.

Mía, la fosa que abro entre pecho y espalda

donde te daré sepultura,

junto a las últimas canicas de mi infancia.

Rotonda de la infancia

Yo tuve un amigo,
digo, tuve, porque está muerto;
lo mató el odio irrevocable de sus asesinos.

Un amigo de la infancia,
un buen amigo con el que compartí juegos,
la serenidad de la calle,
la sombra de los almendros
bajo la cual, nos sentamos
muchas veces a tomar café
en las noches calurosas de nuestro pueblo.

También bebíamos cerveza, que él,
hurtaba en el restaurante de su madre.

Amanecer borrachos o llenos de cafeína
mientras arreglábamos el mundo, era
nuestro deporte favorito.

Decir que fui su confidente, sería presumir en demasía;
pero supe muchas cosas de su vida
que muchos, jamás sabrán:
y, no me pondré a contarlas en estos versos.

Él, no tuvo un gato al que le llamara “minino”,
tampoco la habilidad para jugar futbol,
era robusto, por no decir gordo,
ensortijado y negro de pelo;

sus ojos eran de una celeridad inusitada como sus actos,
su lengua: viperina;
vivía con la prisa en los pies y en el cuerpo.

Le urgía meterse al mundo por el embudo de su vida.

Esa premura, también fue su dolor de cabeza
y causa de un sin número de *pelas*.

Gerardo era su nombre
pero no viene a la memoria la fecha de su cumpleaños,
ni la reminiscencia de que hayamos roto piñatas
en su honor, ni partido un pastel.

Más dicho, me viene a la mente las tardes de río,
el juego del dieciocho a nado,
los dedos pachiches de tanta agua,
y el aire serrano que nos calaba el frío,
el tiritar de los dientes y el cenizo de la piel
que nos empapaba el sol. Evoco
su astucia de perro de agua
al pasar por debajo de la piedra
del paredón, donde muchos,
no tuvieron la misma suerte.

Nada sabía de construir una culebrina,
mucho menos de volar un papalote,
pero sí de música, porque en su vieja grabadora
escuché por primera vez a los Rolling Stones

a The Doors, U2 y tengo por testigo
a las paredes de la casa, a las tejas,
a las flores que caían del almendro
mientras se fumaba unos *Marlboro*,
se empujaba con desespero un trago de caguama;
decía, no entender a los viejos,
y en su cabeza embotada sentía que los odiaba.

—Nadie a esa edad entiende a sus padres
ni ellos a sus hijos,

la taxativa de esta fórmula es irrefutable—

De revistas para adultos y de mujeres,
también era entendido y esto no es un recuento,
ni el sentimentalismo folclórico
con el que se recuerda a un muerto.

Pavel, Álvaro y Cardona también vienen a mi mente

y no están muertos,
un trío de cabrones que no bebían,
pero también, querían componer al mundo
y de cierta forma odiaban a sus padres;
ellos también se fueron

y su ausencia es proporcional a la de mi amigo muerto,
sólo que ya no respira el aire de los vivos
si no el de la tierra que es un éter duro,
paralizante y que no llena sus pulmones.

Yo tuve un amigo y se ha ido,
tuve amigos y ya no están,
a esta ausencia le ha crecido un bosque,
la distancia que barbechó el tiempo
es grande, tan inmensa que sus nombres
ya no tienen la misma cara,
ni la misma sonrisa de murgones
contra la corriente. Hay una violencia
en todo este silencio que cae como lluvia,
que alluvia la tarde, que destroza la tarde
con el olor de sus flores y éstas,
marchitas y los marchitos se deshojan,
como en sus cuencos los ojos, amigo,
donde la luz ya es una oscuridad fosilizada
y su nombre, una plegaria
que nunca rezamos juntos en la infancia.

La infancia, otra vez la infancia,
la calle, la misma calle de otros poemas
y sus árboles, los idos y los nuevos,
nunca más sus pájaros, ni sus insectos;
nunca más los ancianos de aquellos días
sino los infantes ahora viejos,
ahora padres, ahora abuelos,
recientes muertos o circunstantes futuros.

Las casas resistiendo en sus adobes;
en sus horcones, la polilla y los años.

El salitre del mar mordiendo los ladrillos,
las paredes de concreto, sus lozas.

El agua que oxida varillas, enlamece las tejas,
que le hace crecer hongos al espíritu,
derrumba sueños, arrastra calmas.

La iglesia, inmóvil en su azul,
amarillando en su blanco, con menos Dios
y feligreses grises y más cagadas de palomas.

El parque, ese que rememoro,
no el que veo a medio alumbrar,
con umbrías despostillando la pintura de los columpios
y la sonrisa del árbol: ave de paraíso;
aquél y no éste, hundido en la piel de mi nostalgia,

en que las tardes fueron menos convulsas,
los juegos, animales endémicos y no aves migratorias.

Migratorios nosotros: Daniel, Manuel, Francisco *el niño*,
Pamela, Carmen, Yascara, Nancy, Karina, Álvaro,
Kike, Cesar *el cuche*, Lupita *Lovamo*, Lupe Bello;
el Borrego del cual, no recuerdo su nombre,
pero sí sus pecas y su pelo rojo;

Adolfo *el Orejón*, hermano de Silvia; Rafa el *Gordo*;
Maruca, *Quimi*, los dos, hermanos de Miguel:
un mofletudo que sudaba a mares,
pero quién no suda en un pueblo costeño;

Elizabeth que casi no jugaba con nosotros,
Nora y su hermana y *el gay* de la calle;

Lalo y Pepe Cabañas: hijos de María y José;
los carnales de Yascara; Cecilia Parra;
Leonardo *el chaneque* y esto no es la lotería
para decir: buena en cuadro grande.

Alejandro, Yuya y Naty Bello, por supuesto yo,
y los nietos de Calistra, y otros nietos
de dos viejecitas, que vivían
entre las casas de doña Angelita y doña Hermelinda:
le decíamos los *güeros*.

Quién más se escapa a la memoria
pero no al tiempo: Lulú y Yuyo Bello Padilla;

los Radilla y los Quiñones, los Luna.

Nunca más, los palos de mango del Zócalo,
sus imponentes sombras,
ni sus esferas amarillas, en marzo y abril,
ni sus pájaros negros, ni los búhos extraviados,
ni esas tan temidas ticuirichas agoreras,
sí, el quiosco que nunca a nadie gustó,
pero sigue ahí
como una nave espacial destortalada:
primero cafetería, luego museo y ahora no sé:
un recuerdo en el centro del pueblo,
algo que está, pero nunca nos perteneció.

Nuestra, las cinco de la tarde de todos los días de la infancia,
nuestro, el dedo gordo del pie descarapelado,
las porterías hechas con dos piedras,
los goles y las pelotas perdidas
en la casa de María y Martha Cabañas,
de cada quién los escondites
en el juego del escondedero y el grito de salvación
que pintaba la tarde con su algarabía.

Las quemadas en los quemados.

La mirada que se perdía en la pelota
que se elevaba, mientras salíamos

disparados en la búsqueda de la siguiente base,
y la pisada de la casa en el juego de los hoyitos.

Las chicatanas que recolectábamos después
de la lluvia al pie de los postes de luz.

Y el *parque liga ligazo* que aún me escuece,
con el zumo de su golpe, la piel.

Aquella infancia de arroyos claros,
río tumultuoso, donde era más fácil
atrapar un camarón o una huevina,
que mirar su cuerpo agonizante
culebrear el horizonte llevando
la inmundicia de todo el pueblo.

Aquella infancia de mesa llena
en casa de la abuela, donde
todos los vecinos se amotinaban
sobre una taza de café con pan
y unas gordas con frijoles.

Aquella infancia de granadas,
papayas, plátanos maconchos,
icacos, guanábanas, almendras amarillas y rojas,
limones agrios, cayacos en conserva,

cajeles, mangos bola, mangos corrientes
endulzados con panocha y de guisos
que en la distancia me hacen salivar,
y salivo porque el *aporriadillo*
me da hambre y se me inundan las papilas
y quisiera estar en aquella mesa
donde más de uno supo que en la pobreza,
la delicia en la sazón de la comida,
está hecha con imaginación y de buena gana.

Ganas de una tortilla con manteca y sal
o un burrito de queso Cotija y arroz frito
con chiles en vinagre y tasajo de carne.

Una salsa martajada con jocoque
y queso de cincho. Un atole de tamarindo
con empanochadas de requesón,
o de noche con teleras calientes.

Esa infancia,
la misma infancia de otros poemas,
este poema que es el mismo
que he venido escribiendo siempre;
los mismos versos que se morirán conmigo,
que se morirán con el pueblo,
con los amigos de la infancia,

con el viento viejo de mi memoria,
el mismo libro que escribo con necedad
y espero terminar algún día.

La memoria: saco de yute a la que el olvido
le hace hoyos con sus dientes
y le vacía los granos de la vida pasada.

Raúl *la Cirila*, Hugo *el Loco*,
la vesania de la Meche, tres seres
inofensivos a los que nunca comprendimos,
porque no entendimos que el mundo
en su cabeza, era el nuestro:
el espacio y el tiempo habitados.

Raúl, era un hombre que vestía
de camisa blanca y pantalón sastre,
pulcro él, como sus zapatos
y la calle que barría con esmero
todas las mañanas y regaba,
hasta que el olor húmedo de la tierra
desprendía su aroma absoluto.

Su pelo envaselado, también
era parte de ese cuadro de alba limpia.

Ahora que recuerdo, todos los vecinos
barrían y regaban sus patios:
Agripino, Don José, el Señor Luna,

el dueño de la tienda de discos,
el peluquero de la esquina
que estaba entre Cinco de Mayo y Agustín Ramírez;
Faustino, mi bisabuelo con su escoba de escobilla,
Don Onofre, por la mañana y su mujer, por la tarde.
mi padrino, el solterón de la calle;
la señora Calistra que no tenía almendros
pero sí, adelfas, tulipanes y rosas,
además, vendía cubitos de coco y vainilla;
doña Sabina, que recargaba su escoba
en los vetustos mirtos
y acicalaba la tierra de piedras, mientras,
platicaba con Angelita del cura Isidoro
y de asuntos de la iglesia. Veo la calva
de Emiliano o las piernas de Mine, su mujer,
esa hembra que fue mi desvelo y fantasía,
igual que la enfermera, esposa del doctor Juanito.

Tierra húmeda que abre el hambre,
un puño quisiera llevarme a la boca,
mascarla lento...qué día moriste Raúl:
Raúl *la Cirila*, no ha muerto, en cada flor
amarilla que cae de los almendros, está;
en cada gota de lluvia que peina a los almendros,
está; en cada hoja que besa el suelo, está,

donde la calle Nicolás Bravo se vuelve Agustín Ramírez
y ésta, en Independencia y Cinco de Mayo, estás.
Estás, en estos versos que quizá también
un día muerdan el olvido y, en mi memoria
que tal vez se haga polvo que se esparza y se difumine
como el árbol de hule de la calle,
como el árbol de barquitos donde recostabas tu hombro
y mirabas larga y profundamente hacia un sitio
donde solamente tú eras feliz.

II

Hugo *el loco* recogía basura en los puestos
del mercado y la llevaba a tirar al río,
camisa al hombro y pantalones arremangados
hasta la rodilla, cinturón de mecate,
chaparrito y barrigón, hablaba tan rápido
que escupía las palabras, agresivo no era,
sólo se defendía; bigotes poquiteros,
barba mal cuidada, le gustaba
jugar a las *retachaditas* con los boleros
de la plaza Morelos. La chanza y los albures
eran su pan diario, caminaba por Juan N. Álvarez,
Cinco de mayo, el callejón la Parroquia,
por Niños Héroes, Nigromante, Calle Hidalgo,

Independencia, de dónde venía, dónde vivía:
en la Colonia Mártires, la Florida,
en la Manuel Téllez; venía de la Mariscal, la Villita,
la Pindecua; desnudo el pie, menudo el paso,
rápido y ágil para alguien que camina mucho.

Hugo, de algún lado llegamos con la demencia intacta
a desgranar el desvarío sobre la tierra
que nos pisa la planta del pie, sobre los olores
que nos habitan con su acritud la añoranza.

Todos venimos y vamos a algún lado,
todos llegamos a un siempre y mi siempre
es este pueblo, ojo de pájaro herido,
culebra de tajo abierto, infancia de frutos maduros,
siempre de gente que murió y que nunca se muere.

III

El delirio de Meche *la loca*, era ponerse vestido,
verse bonita, hablar a solas e ir por las tortillas,
mirar largamente el río que se miraba desde su casa
e imitar a los pájaros en canto y vuelo,
era hablar con el verde de las plantas ribereñas,
con el viento en chiflidos, la chifladura de los cuerdos.

Era acicalarse el pelo con el canto de las chicharras.

Encordar su frenesí al desvarío del día.

Pasar las horas en la vesania de su mirada

hablando consigo misma, de aquellas voces

que le decían en su cabeza sus manías.

Era su demencia un manso perro de agua

secándose al sol sobre una piedra y nuestra la insania.

¡Pascual! Pascual es mi padrino.

Dicen que mató una onza desde un helicóptero;
no, era un león que se había escapado de un circo,
del Atayde, por cierto, que llegaba al pueblo
en semana santa o en diciembre, no recuerdo.

Un tigre dientes de sable, dicen otros
que vivía en lo más intrincado de la sierra
y azotaba a los campamentos cafetaleros
con sus pisadas de acero por la noche,
y su rugido, que hasta el mismo diablo, tenía miedo.

Lo mató con un rifle hechizo que él mismo construyó,
con balas bañadas en agua bendita
y una cruz grabada en la ojiva.

Un tiro nomás le dio, le cruzó la frente
y se alojó en el corazón del tigre, onza, león.

Pascualito le dicen todos, porque aún vive,
atesorando dos medallas y un trofeo de tiro al blanco
que ganó un día de buena suerte, en el campo
del club de tiro, caza y pesca, del cual era miembro.

Nunca se casó, ni le conocimos mujer,
pero escuchábamos sus historias

de gran *Don Juan*,
aderezadas con episodios cómicos
donde la dama en turno le rogaba sus amores,
o imploraba que no la dejase y se colgaba
a su cuello o a sus pies mientras él, caminaba sin inmutarse.

A veces Julia se llamaba Antonia en la misma historia.

Valeria, se suicidó muchas veces con el nombre de Celia y viceversa.

Pascual, también era Karateca, una pantera
para los guamazos, —contaba— hasta que Carmen,
su sobrina, le arrancó las plumas de dos chingadazos
y las historias de súper hombre, de la boca.

Lo cierto es, que mi padrino, era linotipista,
un tipo curioso y con mucho ingenio
que a todo le encontraba compostura,
menos a su soledad y al tiempo
que combatía tiñéndose el pelo.

Sabía pescar con anzuelo y con tarraya,
a visor y tirabuzón, atrapar langostinos;
agarrar iguanas al vuelo
y conejos en plena carrera.

Levantaba una pared sin haber nunca
agarrado una cuchara de albañil
o volvía a la vida una plancha;
cambiar circuitos de las radios viejas,
era su pasión; colecciónar bulbos
en las panzas de las televisiones, otro pasatiempo.

Lo cierto es que Pascual, mi padrino,
era ateo, pero rezaba porque Angelita,
su tía, era devota de la misa de seis y de seis,
rezaba por costumbre,
por costumbre también hablaba bajito.

Y como todo hombre de su tiempo,
llevaba un peine en la bolsa trasera de su pantalón
para andar charrito;
nunca le oí decir una grosería,
pero sí, contar cosas que nunca fueron ciertas
y decir certezas porque vida había recorrido.

Cierto, él, que también es verso,
metáfora de este poema,
que quizá escuche algún día y me diga:
mentira, esto que has escrito.

Ven, te voy a contar la vez que me fui de mojado,
o de aquel día en que agarré

*un cocodrilo a mano limpia en el río Atoyac;
o de Elvira, el amor de mi vida
que dejé ir porque no quise marcharme
de esta calle donde la muerte huele a almendros
y sabe que la espero todas las tardes
sentado en este pretil donde el tiempo
es una casa, a la que sólo me falta
ponerle las ventanas y las puertas.*

Todos los que llegaron a casa de la abuela
lo hicieron para irse nunca más;
este nunca más, no quiere decir
un siempre y que moraron en sus espacios
cada día de su existencia; sin en cambio
respiraron su aire, sintieron el frescor de sus tejas,
el aroma del ladrillo mojado del piso
y los guisos con manteca,
pero, sobre todo, el cobijo de una palabra,
de un gesto, de la hospitalidad sin cortapisas.

Francisca López fue una de ellas,
se quedó a mirar cómo crecían las papayas
al ritmo de las estaciones, a escuchar
la canción de la lluvia
que sabía del mar todos sus peces;
a entender los silbidos del viento
que hurga entre las tejas los olores
púbicos de alguna morena.

Se quedó a fumarse un cigarro *Delicados*,
pero los *Raleigh* eran sus preferidos.

Se quedó a beberse una cerveza *Superior*
mientras escuchaba a *Rigo Tovar*
O *Los Brillantes de Costa Grande*,

O bailaba *El güero güerinche* del *Grupo Caribe*.

Se quedó a mirarnos crecer

como a sus hijos:

a decir de su palabra: a qué hora

nos salían pelos en los *giievos*

y a las muchachas, en la *panocha*;

a llevarnos al cinito en la colonia Manuel Téllez,

donde nos sentábamos en un banco

o una piedra bajo un tamarindo,

rogando a Dios que no lloviera

y comiendo chicharrones y palomitas,

con hielitos de coco o mango.

Chica, le dicen, panadera de oficio,

madre sin hijos, mujer sin hombre.

Puño y golpe en sangre fue su pasado.

Mancillada la honra,

honra devuelta con la vida del otro

y eso hasta la tumba, estos son versos

aquello fue cierto. Chica, la de eternas

chanclas y vestido suelto o falda fajada;

pelo corto y redondo y risa en diente de oro.

Marimacha, le decía Aleja.

A veces se amanecía en aquellas sillas
ahuevadas tan de la costa con humores de alcohol,
con la soledad aliñada a su cuerpo,
con el cuerpo sufriendo los estragos del desvelo,
hamaqueando su vida en el sopor del destino.

Todos los que llegaron a casa de la abuela
lo hicieron para irse nunca más,
los que se fueron, Chica,
se llevaron una luciérnaga
parpadeándoles el corazón.

Andrea, hija de María.

María, costeña de cepa,

con una tristeza larga como el río Atoyac,

vendía fruta en el mercado, en una mesita,

donde acomodaba por montoncitos,

los plátanos a tres cincuenta; mangos

a dos pesos, años del ochenta;

junto a Lupita o Yuya que vendían pan

por las mañanas, vecinas de otra María,

también panadera y de Don Roberto,

que tenía un puesto de abarrotes y queso Cotija,

frente a la sección de pan, donde también

estaban Doña Tibe; la señora china,

que vendía *pan de suelo y marquesones*,

y Timoteo el bolillero. Atrás estaban los polleros

y frente a ellos los que vendían recaudos,

chiles secos, jitomates y cebollas,

de norte a sur, de lado derecho, los carniceros;

de lado izquierdo, una soledad

que nunca habitó nadie, las umbrías del vacío,

arriba del mercado: los puestos de ropa

y las cocinas económicas que dejaban caer

su túnica de olores. Pero a quién le importan

estos detalles domésticos, yo quiero hablar
de Andrea, hija de María;
de esa mujer de caderas y huesos costeños,
canela de piel y el olor del verano en sus axilas
y de icacos en el sexo.

Cuántos años tenías, Andrea,
cuando le diste vuelta a la manivela de mis ojos
y despertaste al pájaro carpintero del deseo.

En qué año llegaste a casa con esos colibríes
que primaveraban la mirada
y el respiro era un ahogo; qué brazo de río
circulaba en tus labios que el candor de tu palabra
moldeaba mi carácter entre tus labios;
qué mano invisible guiaba mi mano hasta tus pechos
de guayabas tiernas; las mismas manos
que tocaron el sofoco en los pezones de mi prima Adita.

Qué dedos maravillados y sin voluntad
me llevaron a la algazara de tu vientre. No lo sé;
sólo recuerdo la oscuridad, su espeso humor,
aquella noche, en que llegaste a mi catre de campaña
con tu pisada algodonosa de gata ronroneante,
y maullaste un beso a mi oído, y mis manos,
felinos ensoñados dieron el salto.

Aquella noche, de no sé qué año,

de no sé qué día, qué hora, Andrea,
hija de María, comenzaron a madurar
estos versos como cajeles dulces.

María, costeña de cepa,
Andrea, hija de María; más no recuerdo,
también la memoria tiene archivos muertos.

Aquel hombre llegaba a casa
con un silencio sigiloso, calado el sombrero,
con un costal de yute al hombro;
alto y desgarbado, de mirar torvo, aguzante.

Llegaba cuando el sol tiene lagañoso el ojo
y el gallo sueña en gallinas rodailas.

Llegaba con un olor sierreño,
agrio, de muchos días y con un cansancio
que dejaba caer con toda su corpulencia
sobre aquella hamaca del corredor.

Se limpiaba el sudor con un pañuelo blanco,
y del saco de yute sacaba un fusil M1;
comenzaba a limpiarlo con una paciencia
de sacerdote, como rezando, como hablándole
a la madera, al cargador, a las balas.

La abuela dijo que era el tío Felipe,
esposo de la tía Felipa, maestra de profesión,
mamá de Adita y de Marlene,
cara hosca y sonrisa difícil de descifrar.

Y ahí se estaba, tres días sobre la hamaca,
mirando las tejas, levantándose de vez en cuando
para ir al baño, para comer o desaparecer
sin que nadie se diera cuenta.

No hablaba con nadie, sabíamos
que estaba ahí, por su respiro,
por el olor a tabaco negro, porque la hamaca
se movía y las cuerdas que la sostenían
tronaban bajo su peso y su olor espeso
nos llegaba en rachas acres a la nariz.

¿Cuál era su oficio?

¿Por qué le hablaba a su fusil,

como a un viejo amigo?

¿Por qué se contentaba con la soledad?

Nunca recibí una respuesta,

ni de la abuela, ni de mi madre.

Años más tarde, alguien me dijo,

era un *clandestino*;

un hombre del monte. Tampoco

en aquel entonces me vino a la mente

la palabra *guerrillero*.

Los insurgentes, los revolucionarios

estaban en los libros de historia

y el hombre del saco de yute

y fusil M1, no se parecía a ninguna

de las imágenes que había mirado en sus páginas.

Ahora que sé lo que era,

recuerdo aquellos días en que lo miraba

llegar y no era miedo lo que me producía
sino extrañeza, su paso lento
y encorvado, a rastras la sombra,
su rostro apagado, su vida aferrada a aquél saco,
su historia contenida en aquel costal,
con su destino oculto dentro del saco de yute.

Manuel tenía una mirada de ¾
y no porque su vista fuese mala
sino porque un ojo era más pequeño que el otro
he imaginábamos, a uno le cabían
menos imágenes que al otro.

Bailaba al revolver la harina para la masa del pan:
en la casa había una panadería,
tan antigua como el horcón central del techo:
setenta años de olores acumulados en sus tejas.
Manuel, cachetes cacarecos y rotundos,
y una cara de tuza pequeña.

Usaba un mandil blanco,
una gorra de bolillero de película mexicana;
al hablar, chiflaba,
al bolear la masa,
se movía como un pango de río.

Al labrar los panes, el mar de sus piernas
era más enérgico, su cuerpo delgado
de mono de alambre
resorteaba de aquí para allá,
así como su palabra: veloz, puntiaguda,
ebria de cómicas anécdotas,
a las que uno se aferraba

para detenerle la prisa y sopesarlas.

Manuel, vivía en la colonia Mártires,

su olor de arroyo tempranero traía,

su gallo en el pelo y el santo y seña

en el nudillo de sus manos,

con la cual, la abuela abría la puerta

a la cinco de la mañana,

de otra forma no había

como cruzar el umbral de la casa.

A la cinco, cuando los chaneques duermen

y los insectos nocturnos

van en busca de sus cuevas,

y los peces, sienten el frío en su cola,

el río tiritá,

el campanero del pueblo toma café,

los viejos despiertan y mean al pie de algún árbol.

A las cinco, cuando las malas noticias

extienden sus alas de grandes búhos.

A mi bisabuela la venían a visitar sus parientes
de Acapulco, Hermelinda Funes era su nombre.

Ningún rostro de aquellos que llegaron a su casa,
recuerdo, tampoco ningún nombre.

El día que murió no volvió a llegar nadie más
Al frescor de su hogar.

Mi abuela decía que la familia era grande,
que teníamos tíos en todos lados;
pero sólo anécdotas de esos tíos,
nada palpable que los hiciera reales.

No hay en mi memoria un indicio
de haber jugado a la pelota con ninguno.

Veía llegar en su bicicleta azul, *al mil amores*,
que era el apodo del tío Poncho,
haciendo zig-zag y prodigios de equilibrio
por aquella ebriedad siempre acompañándole.

Por ejemplo, de los hermanos de mi abuela,
únicamente conocí a Tomasa y eso
porque siempre vivió en el mismo pueblo
y trabajó en la panadería
y de camino a la huerta la saludábamos.

Salomón y Marciana quiénes eran,
dos hijos de Guadito, madre de Alejandrina,

mi abuela, hermana de otra tía,
que ha de ser muy coda porque nunca
me acuerdo de su nombre
o mi memoria se niega a registrarla.

Guadito se llamaba María. Mujer de rebozo,

menudita ella, que uno se preguntaba:

¿En dónde le cabe tanta congoja?

¿Qué hace para que el dolor no la rompa?

¿Es tan pequeño su cuerpo

que la alegría no lo toca?

Lo cierto es que María *Guadito*

era un pan de Dios, que uno no comprende

por qué ese Señor altísimo, la dejó de su mano.

Guadito fue curandera:

Curaba con hierbas y rezos,

acomodaba a los niños en el vientre de sus madres,

para que bien nacieran.

¿A cuántos trajo a este mundo?

Lo único que puedo decir

es que más de uno le deben la vida.

Pilín era su marido: mirar de pistola tenía,

en otras palabras: de malos amigos;

hombre de tabaco enrollado a mano,

de camisa al hombro y pantalón remangado,

agreste hasta decir basta.

Más no puedo decir, sólo que fue mi bisabuelo

y que se sentaba en las tardes

a esperar a Guadito para reñirle con sus celos.

Necrológica

Pancho López, hermano de mi madre,
Tío de mi hermana, hijo de Ofelia Mondragón.

Ofelia Murió de cáncer
en casa de tía María, que la lloró
junto a Marcelino y la tía Tere; también
Saúl fue mi tío. Él murió de cirrosis
en un hospital de Acapulco, su viuda
también se llamaba María.

María Guadalupe, el nombre mi madre.

Uno de todos: morirá de cáncer.

Árbol genealógico

Obdulio, Rafa, Fausto, hermanos de mi padre.
mi padre no está muerto, es un número y una fotografía
en la lista de los desaparecidos de Guerrero,
que es peor a estar muerto;
porque ese no saber, mata, como la plaga, todo a su rededor:
mi padre fue un huérfano de mí.

Escribamos de los tíos: trío de borrachos,
sobresalto de la abuela, diabetes de la abuela,
presión arterial de la abuela, congoja de la abuela.

Qué sé de los tíos, padres de mis primos:
Balo, Edgar, Lupita, Yuyo, Lulú, otra Lupita,
Rafa, Jando, Yuya, sobrinos de mi Tía Inés,
que vivía, vive y morirá en el Ticuí;
como mi tío Miguel que no pudo escapar
en su borrico de la lluvia de balas de un cuerno de chivo.

Ingrato de mí, Inés, que te tengo olvidada,
pero no olvido que me decías: ¡Mi niño!
y que fui feliz al escuchar tu risa de escándalo,
y cuando caminaba junto a ti y a tu grito
de vendimia del pan; hasta morir también,
el sabor de tus guisos, y las tardes del canal,
a donde íbamos a bañarnos, con Cesar, Rene,
y otro primo, más flaco que un fideo.

A ti, gracias por llevarme a la milpa
a comer elotes y *maimito*; por rezar por mí,
por velar mi sueño.

Inés, prima hermana de mis tíos:
de ti, aprendí que la vida son tumbos de río,
y que el río es vida a su paso, pero también quejumbre
creciente y desgracia.

Y de ellos, tus primos, los hermanos de mi padre:
que se puede odiar y amar en las mismas proporciones.

Lupita, es la mayor de todos nosotros:

los primos por línea paterna.

A ella le tocó de más, y cuando digo de más,

digo: pobreza, golpes, regaños;

sus obligaciones rebasaban su edad.

Fue una mamá chiquita, una mamá con primos;

logró salvarse de la amargura de la abuela,

porque jugaba y su niña adentro

siempre fue un árbol verdecido.

Ella podría contar esta historia

con una precisión de cirujano,

por eso, creo, decidió graduarse de médico,

para curar su alma, porque la nuestra

siempre tuvo su palabra, su mimo.

Esa ternura, que madre y abuela se olvidaban

de prodigarnos, porque el trabajo era mucho

y ella, con sus limitaciones, nos otorgaba.

Lupita rumbo al mercado, Lupita guisando,

Lupita en la panadería, Lupita lavando nuestra ropa,

Lupita la culpable de todo lo que pasaba en casa.

¿Cuántos novios tuvo?: Uno, dos,

yo, creo que ninguno, porque la abuela era un mastín

que se las olía en el aire, y había que cuidarse

de un jalón de greñas, de un reatazo.

El día de sus quince años, fue más el triste de su vida,

pero, aun así, sobrevivió a la iracundia de Alejita:

viuda a los veintitrés años, con cuatro hijos, ocho nietos,

y un porvenir que en el devenir facturó caro.

Lupita no guarda rencores, enojos muchos,

tristezas, las enterró el día que murió la abuela.

Rafa, el gordo de Rafa, el varón primogénito,

al que deberíamos de imitar, seguir,

mirar con admiración, ser el líder, escuchar.

Se quedó en ser el gordo bonachón y engreído.

a él, lo seguíamos porque no quedaba de otra:

a ordeñar, a encerrar los becerros, a recoger

los cocos secos de la huerta.

Decir que era un valiente o un cobarde,

sería como morderme la lengua y comérmela:

era un tipo neutral, sin arrojo.

Nunca peleaba porque no sabía meter las manos,

tampoco aprendió a nadar como buen costeño,

pero era diestro en el nado de Perrito.

Montar a caballo, no se le daba, pero cocinar

y hacer pan, sí, cortar un coco y hablar demás.

Nunca coincidimos en la forma de mirar el mundo.

Vivíamos en la misma casa,
comíamos la misma comida, y nuestra pobreza
era la misma, pero él, se sentía un tipo de alcurnia.

Una cosa, fue cierta, era el bisnieto consentido
de Faustino y el más barbero con el tío Fausto.

Alejandro, *Jando* para todos, el chaparro,

calmudo como él solo, observador,
lucubrante, también le decíamos *el mudo*.

El más brillante de los cuatro primos,
ingenioso, imaginativo, inventivo, fuerte,
malo para la escuela. A él le debemos
la alegría de la primera avalancha
que construyó con una tabla y llantas
de carro de juguete y un volante hecho de mecate;
el juego de caballería hecho de madera
y dibujos a mano que imitaba
el juego de mesa de Enrique Serrano,
y que muchas tardes llenaron las horas de ocio.

Jando, el segundo de cuatro,
sabía pescar con anzuelo, cazar con resortera,
atrapar camarones con la mano y, esto,
no parece mucha ciencia, pero en el pueblo
era la diferencia entre comer langostinos

con pescado, palomas o conejo,
no se diga iguana. Subir a una palmera,
eso sí era temerario, yo nunca pude
sin bajar de ellas con el pecho raspado,
en cambio, *el mudo*,
sin raspón alguno tocaba el suelo.

La bocona le decíamos a Yuya,
Obdulia hija de Josefina; labios gruesos,
pelo redondo y casi güero,
mirada de Pilín y de Aleja.
Peleaba como hombre: a puño limpio
y no se rajaba, nada de muñecas,
nada de juegos de té; en las canicas y trompo
era buena, a todos nos *pelunchaba*.
En el fútbol, la queríamos en nuestro equipo
porque era incansable, ruda, entrona,
y regateaba como el que más.
no se diga para hacer el quehacer de la casa,
o cargar costales de bonote
para el horno de la panadería.
Ella, a diferencia de Lupita, su hermana,

sí tuvo novio, Toño Radilla fue uno de ellos,
sobrino de mi madre; otro fue un tal Amado,

al que dejó para irse a Estados Unidos,
porque la panadería ya no era negocio
y los trabajos de estética escaseaban.

Yuya, al igual que Lupita y Rafa
se fueron un día, para ya no regresar más;
aún siguen en busca del sueño americano,
y Lupita con la esperanza de tener un hijo.

Lulú es más grande que Naty,
hermana mayor que Yuyo;
chilanga costeña, sufrió el alcoholismo
de mi tío Rafa y vivió el miedo de su hermano
y el rencor de éste por su padre,
Ofelia fue su madre, vieja bella
que en destino le debió Dios un poco más de camino,
para gozar la sonrisa de sus hijos y de sus nietos.

Obdulio fue un animalillo asustado
que nadaba en su ropa;
un fideo, pálido y con manchas blancas en la cara,
ahora es padre de Marco Kaleb y tío de tres
sobrinos que rebasan la edad de cuando él
llegó a la casa de Atoyac; su mirada curiosa
recorrió la casa y estacionó su miedo,

el mismo que le tenía a las hipodérmicas,
el mismo que ahora lo hace regresar a aquella casa,
donde su infancia abrió sus alas,
se hizo real, sonrió a sus anchas,
y se arrancó el rencor
que vivía en la mirada
y lo sepultó una noche
junto con la palabra miedo,
ahí mismo, en el corazón podrido de su padre.

De mi hermana,
qué puedo decir de María Natividad: Naty
sin que pareciere que hay desapego
o algún dejo de resquemor
o algo entre la palabra afinidad y nada.
Recuerdo sus caireles y los vestidos largos,
siempre con una mirada triste, aunque sonriera.
Frágil como las hojas del papayo
Bella como las pencas de plátano y los cajeles.
La niña bonita de la casa, los ojos de mi abuela,
la congoja oculta de mi madre,
que sentía la ira de su hija en un gesto de ternura,
de alguna forma peleaban
y tomaban distancia la una de la otra,

pero se querían de igual forma.

Yo creo que entre las dos faltaron las palabras,
un poco de apego, alguna muesca de cariño,
quizá, no faltó nada y todo fue un mal entendido
que ahora a la distancia, las hermana.

Naty, fue a las mismas escuelas que yo,
hagamos el recuento: *Club de leones*
en preescolar; *Modesto Alarcón* en primaria,
en la *Vicente Guerrero*, cursó la secundaria,
en la *Prepa 22*, conoció el amor y su desgracia.

Hermana, tú también fuiste huérfana de padre
y nunca te pregunté cuál fue tu sentir,
qué bocanada de aire te hacía falta,
qué olvidos te magullaban el alma,
qué silencios fuiste cebando mientras crecías,
qué reclamo era mi nombre en tus labios.

y yo, que leo en la vida lo que los demás no ven
y que tengo la riqueza en la palabra,
no supe cuándo, a qué hora,
en qué momento prodigarte un consuelo.

No vi, qué lluvias, qué humo, qué desaire
te doblaban el cuerpo y el alma.

La chica de la bicicleta *vagabundo*
a veces se llamaba Judith y otras Agueda,
vivían donde la calle *Nicolás Bravo*
se le termina el apellido
y *Vicente Guerrero* comenzaba a poblar
la largura de la calle.

Pedaleaban sin que el mundo fuera una historia
que les viniera a cuento,
al menos así parecía a mis ojos.

¿A dónde iban? Qué tan lejos se podía ir
en un pueblo como el nuestro,
sino al mercado o por el pan.

Tenían una tía que era monja,
una monja muy *cool*,
que se echaba sus alipuses
y caminaba rápido.

Las Solís, cuando iban montadas en bicicleta,
no miraban el mundo,
iban arboleando, mirando lo que nosotros no
en cada pespunte de la calle, en cada sombra,
vivían el mundo con todos los sentidos.

Yo las miraba pasar: una en falda larga
y la otra en vestido corto,

de cierta forma eran calladas
con una sonrisa de almendros que almendraban la calle
al cambio de las estaciones, con sus pájaros
oníricos volando alrededor de su manubrio,
maniobraban sin esfuerzo, abarcando la distancia.

La infancia: fue el nevero,
empujando su carrito de las nieves.

Fue un tío que llevaba su carretilla
y había pisado un clavo y en ese clavo a la muerte.

Fue un hombre que venía apetecido
a besar, en los labios de su mujer, el recuerdo
de que había sido sodomizado en el río.

El río, un caballero aún con ojos claros
y cuerpo de derviche.

Fue el pueblo, al que le crecieron calles
que la infancia nunca deletreo.

También, por la palabra niño,
cruzaron cientos de camiones militares,
racimos de desaparecidos,
familias enteras que se destrozaron,
rencillas que abrieron sus flores.

La escuela, como una vieja abuela,
educando a sus pupilos.

Pasó una tarde vestida de peregrina
y una mañana sin ojos, pero con muchos
pájaros en la sonrisa de la monja Chevia,
Eusevia Téllez Méndez,

la hermana Teresa de Jesús.

Pasó una noticia muy oronda
tirando sus dientes de leche
para morderle las canillas al verano.

En el vocablo infante sucedió un sol
por el que iba María Cabañas rumbo a la iglesia
a misa de seis
y un cielo donde ese sol estaba
por donde venía Alejita Ríos, con furia en la mirada,
con sus pechos rabiosos, con su frenética viudez
cortando retoños para sembrárselos en el vientre.
Bajo ese sol y ese cielo,
caminaban los pies de mi madre,
la sombra de mi madre,
el olvido de mi madre haciendo pucheritos,
las lágrimas de mi madre olorosas a sal.

Soleadísimas eran las calles de mi pueblo
que las sombras buscaban un árbol
para tomar el fresco.

También en Atoyac de Álvarez, llovía:
llovían cocos de las palmeras
con los nombres de nuestros muertos
y agua, un agua tristísima que alojaba

en el corazón, su lama; llovían pájaros
por donde mi madre caminaba
con un beso en los labios para dárselo
a mi padre el día que lo encontrara.

La infancia dice cosas que pasaron
vestidas de sepia, desnudas, arbitrarias
como el viento del otoño.

La infancia dice: este poeta, era un niño
que odiaba los overoles
y no sonreía porque tenía los dientes podridos.
También cuenta: el infante hablaba con los muertos,
jugaba con los chaneques
y corría a esconderte de la kaiquema
porque no le gustaban sus abrazos de vieja obesa.

Me dice al oído: fuiste un niño miedoso
que no iba de la sala a la cocina si estaba oscuro.

Uy, y un secreto, este bardo en la niñez: se orinaba en la cama.

Pasa que la infancia pasa,
pero no olvida su costal de cosas,
en su memoria tiene registrado que este palabrero,
se comía una nieve con una telera caliente

a las tres de la tarde imaginando los pechos de la Güera,
las piernas de Andrea, los labios de la prima Adita,
el sexo peludo de Minerva;
que las enchiladas rojas
de doña Chica eran su delirio
con un chocomilk de vainilla con rompope;
no se diga de los tacos de chivo de Luterio
o las picaditas de salsa martajada con jocoque.

Pasó la infancia con su relleno de cuché
esparciendo su frutecida quemadura en los paladares.

El olor del café a las cinco de la mañana
y a las seis de la tarde para mitigar el cansancio.

Los cigarros *Fiesta* que la abuela se fumaba
a pesar de respirar toda la mañana
el humo de los bonotes del horno del pan.

Pasó la sierra con sus árboles altos,
sus pájaros ocultos, la tierra roja
y sus arroyos que descendían como *tumecas*
por la cuesta de los cerros.

Pasó el silencio cargando su infancia,
el tiempo como un niño cansado.

Pasaste tú y el dromedario por el ojo de la aguja,
y Tomasa con sus ojos grandes,

Xóchitl, quien me dio una cachetada;
los *bolos*, padrino, en las escaleras de la iglesia.
Carlos Radilla con la carretilla llena de carne,
La muerte buscando su sonrisa en el corazón de los vecinos.

Pasó un angelito en su caja blanca
con sus deudos bebiendo aguardiente
y escuchando al *chile frito* y coheteones
tronando en el cielo para ver si de chiripa
despertaban a Dios de su modorra.

Pasaron los 70's, los 80's, los nuevos pesos,
pasó el carrito de hotdog, el de palomitas;
pasó *Calilla, Coronitas, el burro cojo*
de las historias del bisabuelo.
Pasó, la matinée y el dos por uno en el cine Álvarez.
el arroyo cohetero se desbordó infinidad de veces
lo mismo que el arroyo ancho, llevándose algunos puentes;
y los árboles de mango: fruta y pájaros, pasaron, se pudrieron.
Los pájaros se desbordaron de aire,
el aire de hojas y melancolías serranas.

Los niños se hicieron hombres,
los hombres enfermaron de años y preocupaciones,

pasaron los viejos a poblar las gavetas
del panteón municipal y el cementerio:
amarilló de huesos, de veladoras,
de llantos, de epitafios que hoy son olvido.

Lo que pudo la infancia contra el olvido,
es seguro, nada podrá hacer contra la muerte.

Aquí, bajo este cielo ennudecido enterré la infancia.

Bajo este sol que llueve tímido,

esta tierra que se moja y huele a cosa vieja,

bajo este árbol y no otro, de hojas grandes,

deposité tus huesos de marañona;

dejé tus ojos de pájaro acuático y tus branquias.

Aquí mismo hago un hoyo para tu nombre

bimembre de niño sin fantasmas

y siembro tus extremidades en la humedad,

tal vez le nazcan peces velocísimos

y se esparzan por el aire como una sonrisa

de quien descubre, que ser, es de este modo:

simple, con dos extremos: del que se parte

y al que se llega y lo de en medio, es la vida.

Infancia, aquí hago una oración por tu vitalidad,

qué remedio pues, una, para que no entristezcas

como cuando se murió tu perro Zuqui y tú,

no sabías rezar y sólo lloraste sin comprender.

Te dejo el escapulario con la imagen

del Señor de Petatlán que me regaló mi madre

y las canicas azules que le gané un día al destino.

Infancia, te entrego al niño que se enamoró
de las niñas imposibles y escribió cartas cursis,
porque hablar le daba miedo y tartamudea.

Son tuyos los luchadores con la imagen
del *Santo* y de *Blue Demon*, y, todos mis soldaditos
con los que jugaba a las tiradas con los primos.

También, mira, mi antifaz de héroe solitario,
las pistolas de santa perica y de madera,
mi resortera de árbol de guayabo y el rifle de diábolos.

Aquí mismo, te hago entrega del primer cuije
que derribé en la pared de la casa
y la liga con la cascara de naranja para que sigas
tirándole a las nalgas de la profesora de sexto.

Infancia, incendio mis pestañas y me saco los ojos
con que el asombro me ilumino día con día
y los pongo como una veladora para que calientes
tus manitas y el recordar, abrigue tu alma.

Mi álbum de estampas es tuyo y el chicle
con premio; y este pichón que aún boquea por el piedrazo
en mi memoria y no termina de morirse, tómalos,
como tomaste del feliz verde, el dinero de mamá,
con mis manos y te los gastaste en pulpas de tamarindo.

Te dejo la hamaca de Don José Parra
donde un día a la semana me sentaba a leer historietas,
y las historias, todas, que Faustino nos contaba
por las tardes sentado en el corredor de su casa;
la calle José Agustín Ramírez con todos sus almendros,
sus cables de luz y la soledad que por las tardes
es un pájaro vaporoso que grazna alegre.

Me desprendo del camino real a San Martín,
de las parotas donde descansé muchas veces;
los sabores del nanche y los chicozapotes
te devuelvo; van de vuelta también la veces
que nadé en las pozas de la huerta y los charales
que atrapé para pescar huevinas y carpas.

Aquí, infancia mía, sepulto tu corazón,
sus galopantes latidos y los sobresaltos
en la llovisna de mis apellidos y en la sangre
que son calles, que no venas, que no cansancio,
las travesuras que me inspiraste.

Doy sepulcro a mi piel, ahora arruga sin ombligo.

Entierro a mi niño junto a ti,
y saco a orear mi memoria como quien pone
o ondear una bandera
y le sorraja, al viento, estos recuerdos.

Respuestas a una pregunta no formulada

No hagas caso de mis consejos; la experiencia está al final del camino y yo no debo quitarte ni el gusto del camino, ni la triste riqueza que vas a encontrar cuando la hayas recorrido. Porque la experiencia es eso: una triste riqueza que sólo sirve para saber cómo se debería haber vivido, pero no para vivir nuevamente.

Josefina Vicens. *El libro vacío*

ya sólo nos queda llenar las paredes
escribir en todos los rincones
decir cualquier palabra comestible
para no morir de hambre....

José Agustín Solórzano



Cuando uno se acerca más a la vida, hijo, la muerte ronda, gira en sus huesitos la alegría de saberse a una mano de nuestro aliento. Nuestra ebriedad no permite distinguirla en el resuello, ni intuirla a tan corta distancia porque el respiro nos embebe. Quiero seguir así, sin percatarme que hay días en que me toca el hombro y susurra al oído: *todo lo posible y absurdo son una misma cosa.*



Hoy, el martes se levantó conmigo dispuesto a vivir la lluvia, listo para tomarse un respiro, una cerveza al mediodía. Acomodido para dejarme un rato a solas y hacerse el loco para que mi locura no lo invadiera. Hoy es martes, por si lo has olvidado, me gusta mirar por la ventana, porque los martes de septiembre mueren sin prisas, sin nostalgias, con unas ganas de ser otro día. ¿Cómo explicarte que esas mismas ganas me invaden?



Acertaste, hoy es martes. Retomo lo que hace siete meses intenté explicar, te confieso, al igual que en aquel día, me invaden sentimientos, se aglomeran sensaciones, pienso en mil palabras a la vez, pero, no logro escribir ninguna que contenga el añejamiento de mis motivos.

Sé, cuan monótono se hace intentar dar un argumento y que éste sea válido. El mundo se vive, las explicaciones sobran, pero contigo, mi

deuda crece. Ahora sé: las estrellas no se caen, aunque truenen mil cohetes allá arriba, de niño me angustiaba, cientos de interrogaciones invadían mis ojos. Y tú, eres ese niño que busca una piedra, la lanza contra un árbol y espera que caiga un fruto.



Las respuestas se buscan, se persiguen, éstas se detonan de una duda, de una pregunta o sencillamente de querer saber. Estar enterado, es cosa diferente. Te doy un ejemplo, un mal ejemplo, por cierto: no es lo mismo brincar, que dar un salto. La fisiología de cada palabra activa sus órganos de otro modo. Irse, de igual manera, no tiene identidad con partir, ni regresar con estar de vuelta. No son como el bien y el mal a los cuales podemos verle los extremos. Divago otra vez, me alejo de lo sustancial, darte una respuesta.



La vida, podría escribirte: es un parpadeo, pero es un cuento más largo de contar, cada capítulo en vez de narrarse se vive: llena uno el tiempo con sus actos, éstos, son nuestra consecuencia; puntualizo: vivir es asumirse. Asumirse: es saberse en la potencialidad de nuestro cuerpo y exteriorizar lo que nuestra mente procesa clara, llanamente, sin cortapisas ni arrepentimientos. Pero, no es sencillo venderte esta idea sin que me devuelvas el cambio, cuando los días aciagos, difíciles, toquen a tu puerta. Llegarán, así que no tengas dudas, ni corras prisa. Paciencia, fortaleza guarda, alguna vez en el porvenir te serán útiles,

verás que, aunque la vida es en serio, se puede llevar con cascabeles y serpentinas, sin abusar de ella.



Sé, piensas: *todo lo quiere arreglar con poesía*. La vida, hijo, es la gran metáfora, leer en ella es ser parte de su métrica. Ningún cabo está suelto por más disonante que parezca. Un conjunto de actos enlazados hace un hecho, los hechos son los engranajes para que la realidad tome consistencia. Dirás: *mi padre y su filosofía barata*. Solo te diré: *no pretendo hacer un libro de lecciones, ni darte cátedra de lo que el destino trazará en tu tranco*.



Tres años, cinco meses, sobre estas líneas vuelvo, aún sin los argumentos necesarios. Quería escribir cada martes, pero como vez, las palabras llegan cuando uno las busca, a veces, aunque uno las busque, se niegan, así las cosas, en la vida. Hay que empeñarse. Vivir para obtener lo necesario, no se necesita más. No te embriagues acumulando. No te desvivas por tener, sino para ser.

Te repito, no quiero hacer un libro de recomendaciones, de nada sirve, porque sé, las circunstancias que vives son diferentes a las mías, tu visión del mundo otra, menos convencional, más rápida. Amas a tu modo y eso es bastante complicado. Amo a mi manera y sigo sin entender mil cosas. Por eso, me quito el sombrero cuando me hablas

de tu filosofía de la vida, me digo: *¿hombre, y tú apenas madurando tus ideas?*



El miércoles es un día que no me gusta, pero es un buen día, porque amaneció, lo disfruto, discurro por él como si fuera martes. El martes, es mágico, así como los viernes. Si preguntas: ¿por qué? Sólo te diré: son los días en que las cosas ocurren con mayor intensidad, tino, también donde más locuras suceden.

Un viernes murió la abuela por si mal recuerdas. Un sábado le dijimos adiós, por eso los sábados me duelen. Pero en un sábado naciste tú, por eso sé que los sábados son agridulces, porque también acontecen cosas como la vida.



Truenan en el cielo cohetes de fiesta. Truenan los rayos, las centellas allá bajando la tarde. Mi estómago gruñe. Todo en este jueves es una tronadera. Han pasado las horas del hambre, de comer, la vigilia se hace un hoyo, se siembra en mis ojos. La vigilia se hace un nudo, obstruye.



Decirte: el día está gris y es martes, no dice nada. Pero, un gris como éste, gélido, silencioso, que se mete en el tuétano como un chifloncito y agrisura el sentir con sus dedos de niño, sí escuece. Dejarse abrazar por este cielo liso, rumoroso, temblar de frío, hace falta de vez en cuando. Caminar por su acre panorama, sentir en el pelo y las mejillas el morir de la brizna, es un deleite que se asemeja a la agonía, tal vez me equivoque, pero es algo que se disfruta, se vive como algo espontáneo, gozoso.

Es martes y está gris. Así es hijo, continúo lucubrando en una respuesta que nunca me has pedido, que sin embargo deseo encontrar para compartírtela, como quien comparte una hogaza de pan y se siente satisfecho.



La imaginación, hijo, tiene un límite: la muerte. Pero ésta puede prevalecer más allá de nosotros, de muchos otros, que vengan y se vayan. También quiero decirte: uno nunca muere hasta que el último que te sabe te olvida. A veces no es necesario morirse para que te olviden. Espero no hacerte bolas con estos ir es y venires de la palabra. La abuela decía: *das más vueltas que un perro cuando se va a echar*. Me siento ese perro persiguiendo la cola de mi pensamiento.



Hijo, todo se me agolpa en la cabeza, en el corazón. Hay ratos en los que me gana el silencio, silencios en que me hundo sin tanque de oxígeno hacia mí mismo y regreso sin flores, ni lágrimas a punto de la asfixia, en esa disnea lo único cierto es que me pesa el mundo.

Habrá días como estos en tu discurrir. Días, en que... un como dolor te atosigue, y no sepas por qué, y querrás correr, o saltar, o tirarte al suelo para ver si ese desasosiego te abandona. Tenlo por seguro, no podrás huir de tí. No podrás huir de la vida en ese momento, porque intentarás descubrir, un por qué.



Como un río en creciente han fluido las palabras, pero todo, se ha quedado en un rumor, en *un gran rumor*.

Pero este arrastrar de piedras, de peces en el alma continúan horadándome. Sé, he dado un gran rodeo. Tal vez tergiversé mis sentimientos, me sentí un poco más humano, por eso me puse a indagar sospechas. Quizá esté dándote las respuestas equivocadas, suponiendo cosas que alguna vez yo quise escuchar a mi padre decir. Posiblemente, tú sólo te hubieses conformado con un *te quiero* o con un cariño en la cabeza.



Aquel caballito de madera, ¿lo recuerdas? Lo cuidaste por un año para que nada le sucediera. Tu responsabilidad era jugar con él, preservarlo. Al fin de cuentas, lograste tu objetivo, aquello que deseabas. Admiré tu empeño. Con una sonrisa y un abrazo, compensé tu esfuerzo.

Para caminar por el destino que nos espera en cada día, sólo se necesita un poco de constancia, la abuela decía: *disciplina*. Coraje para hacer las cosas, imaginación para encontrarle el lado lúdico a la circunstancia; porque cada acto nos determina, cada palabra nos hace a los ojos de los demás. Pero: uno debe ser hacia sus ojos, hijo. Hacia el lado de nuestras querencias.



Sucede que hoy es miércoles y acontece. Miro palomas en el patio. Ocurre de pronto que este sol tibio es aquel de un octubre lejano donde tú intentabas perseguir y atrapar palomas con tu sonrisa y torpes pasos. Pasa que el alma se me ha engarruñado en el estómago, un cálido presentimiento se expande por mis venas: *ha pasado el tiempo*. Las palomas han volado.



A un paso de la muerte vivimos desde que nacemos, hijo, a un brinco sin mucha altura, así de simple, así de fácil, la suerte se quita la máscara y nos las vende. Pero debo decirte: *la suerte no es como tal, una cosa que nos salva de cosas*. Es un hado que se va construyendo

con cada respiro. Es como esa hora muerta de la tarde en que la oscuridad y la luz, se equilibran.



Esto de la inspiración es como la suerte, la persigo y no la alcanzo. La busco y se esconde. La huelo, pero no encuentro la olla de su origen. Me aproximo a su cuello, se esfuma. Me habla al oído, pero me hurta las palabras, me da las palabras, pero me esconde el verso. Entonces hijo, me quedo callado como ese pozo de agua en la casa de la abuela, espero a que caiga una piedra sobre la superficie para que rompa la apnea de mi numen. Pero la inspiración se queda callada como ese grillo al que buscamos debajo de la cama.



El grillo continúa obstinado en su silencio, mi soledad que está sola: llora.



Al igual que tú, yo también le tenía miedo a la oscuridad; la abuela me trataba de chamaco collón, pero no ocultaba mi temor, gozaba que la piel se me pusiera chinita. No iba de un cuarto a otro, aunque hubiera luz, el sólo nombre de la noche me asustaba. Pensaba que seres chocarreros me esperaban atrás de las sombras, los intuía ocultos arriba de los árboles o detrás de las cubetas. Mira que en casa se

contaban historias de chaneques, de bultos blancos que se aparecían. Seres invisibles tiraban las hojas de pan de la panadería en la negrura y cuando encendíamos la luz todo estaba en orden. *El miedo no anda en burro*, corazón y patas para cuándo son, decíamos. Pero es bueno tener miedo, hijo, eso nos mantiene alertas como las salamanquejas que mirabas en las paredes de la casa de la abuela, a la expectativa.



A la abuela le tiraban piedras de río cuando algo malo iba ocurrir. Ahora que ella se ha ido me las tiran a mí. Algún día, hijo, una caerá a tus pies y sabrás que he muerto.



La inspiración como la mujer que se niega nos deja deshabitados. Recuérdalo, una y otra, sólo te serán si insistes. De otra forma sentirás su vacío. No hay cosa más dura que andar en esa condición por la vida: sin labios de mujer que te alimenten, sin poesía en los tuyos para ser en ella.



La algarabía del grillo, en cuanto me alejé, comenzó.

Mi soledad se puso un traje de fiesta, se fue de rumba.



Alguna vez hemos de irnos del resguardo de casa, de la palabra que nos prodiga cobijo, del abrazo confortante. Hemos sin más, partir

hacia lo incierto. Pero este irse, hijo, siempre es bueno, porque todo aquello que dejamos, será más nuestro, menos hostil de cómo lo vivimos, más sentido.



En la vida, no hay receta que valga, ni palabras cargadas de poesía que nos salven cuando la derrota llega. Los golpes que Dios da, (si es que él los da), son certeros.



Espero que cuando tú seas padre, lleves a tu vástagos a conocer los aromas, los colores de las frutas: al campo y los mercados. Que lo subas en tu hombro, lo cargues por los pasillos, mire, toque y se embeba. Que le des a probar de las pulpas, de los zumos, de las cáscaras; que muerda aquí, allá y se llene los ojos, la nariz, las manos, los oídos, con el chasquido de los jugos, con el rasgar de las cubiertas. Que explore en la tierra y se enloade. Llévalo a ríos, a arroyos, al mar, que se sumerja: respire lo que los peces, se sepa anfibio, terrenal o ave silvestre. Déjalo que vaya, vuelva, se tropiece. Que coma y beba de todo para que su memoria sea un festín y su experiencia un cúmulo. Espero, no espero nada, sólo, ¡padre! Que tengas más dudas que certezas cuando de la mano vaya tu hijo junto a ti y pregunte: *¿cómo es el corazón que late en el pecho de las piedras?*